

tais á cada paso en el mayor peligro de ser vencidos: murió el Piloto; llorad, navegantes, que en el encrespado mar de este mundo padeceis tantas tormentas: murió el Padre; llorad, hijos, vuestra orfandad y desamparo: murió el Esposo de las almas puras; llorad, esposas, su pérdida con amargas lágrimas: murió Jesús, Hijo de María santísima, dejando á su Madre en la mas sensible y dolorosa soledad; lloremos todos la muerte del Hijo y las penas de su Madre: murió Jesús, Hijo del eterno Padre; lloremos todos los pecados que han sido causa de esta muerte: lloremos los pecados con lágrimas de verdadera contrición, para que el eterno Padre los perdone por la sangre y méritos de su Hijo: lloremos los pecados por ser ofensas de un Dios infinitamente amable, y digamos partiendo de dolor nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo*, etc.

## ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA PASION

## DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo.* (Isai. LVII, 1).

El justo muere, y nadie medita en su corazón esta muerte.

1. Toda la ciencia del Cristianismo está encerrada en la cruz... *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi*, etc.
2. La cruz es el libro sangriento en que se halla el compendio de toda la doctrina del Evangelio y de la teología cristiana... Mas, en vano nos llama hoy la Iglesia á la cruz... Pocos meditan su misterio... Cási ninguno se aplica su virtud.
3. ¡Oh si pudiera yo fijar hoy vuestra atención única y absolutamente en la cruz de Jesucristo!... Nadie es capaz de comprender el misterio de la cruz, si antes no le adora... *Invocacion*: Ó cruz del Salvador...

*O cruz, ave...*

4. Las lamentaciones de la Iglesia... sus ayes... la tristeza de sus ceremonias nos advierte que hemos de pensar seriamente en la muerte del justo. Si no lo hacemos, el Profeta nos reconvendrá diciéndonos: *Justus perit, et non...* Este justo es...
5. El Salvador sabe que esta es su hora... no se queja... solo abre la boca para pedir perdon por sus perseguidores.
6. El justo no solo sufre... sino que perdona... Malicia con que se le persigue; obediencia con que se somete; bondad con que perdona. En sus persecuciones hallamos nuestro crimen; en su obediencia nuestro ejemplo; en el perdon que concede nuestra gracia y nuestra esperanza.

*Primera parte. Las persecuciones del Salvador son obra nuestra.*

7. La fe nos enseña que Jesús dió su vida por nuestros pecados... Siendo él la víctima propiciatoria de todos los crímenes, todos los crímenes tienen parte en su suplicio y muerte...

8. Si me preguntais por qué, responderé que Jesús quiso no solo expiar los pecados, sino hacerlos detestar... Malignidad del mundo...

9. Nada puede hacernos aborrecer la malignidad del mundo, como el verle derramar contra el Salvador todo su veneno... Viendo en nosotros alguna semejanza con aquellos que persiguieron á Jesús, conocemos cómo renovamos el crimen de los judíos y la pasión del Salvador... Todo es mudable, todo infiel...

10. Todo se trueca en aflicción y en cruz... los amigos...

11. Testigo de ello es Judas... No digais elegiré bien: ¿quién ha de saber elegir mejor que Jesús?... De un apóstol la avaricia hizo un ladrón y un traidor...

12. Judas saluda á Jesús y le vende... Es la imágen perfecta de un adulador... Desconfiemos de las alabanzas... Mirad bien á aquel lisonjero...

13. Tales son los amigos corrompidos... Veamos los que parecen mas seguros... Debilidad, ingratitude, abandono... Pedro trata de defender á su Maestro, y... ¡oh Pedro!...

14. Este es el último golpe que podemos recibir de una amistad vacilante... ¡Cuán engañosa no es en sus apariencias la amistad de la criatura!... No tengamos amistad cuyo objeto no sea Dios, cuyo principio no sea la caridad.

15. La negra envidia es la mas baja... quizás la mas comun de todas las pasiones... Fue la primera causa de los tormentos, aflicciones... de Jesús. Aprendamos á detestarla...

16. Los escribas y fariseos no podían sufrir á Jesucristo... ¡Oh envidia! dice san Gregorio Nazianceno...

*Segunda parte: En la obediencia del Salvador hallamos nuestro ejemplo.*

17. Jesús fue condenado á muerte por tres especies de personas: por su Padre, por sus enemigos, y por sí mismo. Lo fue tambien por varios motivos: el Padre lo entregó por un sentimiento de justicia; Judas por el interés; los judíos por envidia; Pilatos por debilidad; y él mismo se entregó por obediencia.

18. Jesús se sometió, pues, á la voluntad de su Padre... quien dió libertad de obrar contra su Hijo á todo el infierno, y retiró á aquel toda la protección del cielo... Jesús ve llegada su hora y adora el mandamiento de su Padre...

19. No vuelve oprobios por oprobios, dice san Pedro, ni maldi-

ciones por maldiciones, etc. No se niega á los besos de Judas ni á los golpes de sus enemigos; entrega sus manos para que las atenen... para que las claven..., etc. Venid, pues, ó judíos, volved cien veces á la carga...

20. Si caeis en manos de vuestros enemigos, acordaos del justo que sucumbe hoy bajo el peso de la obstinada malicia de sus envidiosos... Sean enfermedades, sean maledicencias ó persecuciones, todo sucede por orden de Dios. Á pesar de su natural horror á los tormentos é injusticias, Jesús aceptó el cáliz diciendo: *Non mea voluntas...*

21. Dios preside, segun san Agustin, á los malos consejos: los ordena, los empuja... los contiene... los conduce á sus fines ocultos... De no ser así no permitiría tantos pecados...

22. Aguzad, pues, inícuos, vuestras lenguas, afilad vuestros dientes, etc. No podréis hacer mas que lo que Dios os permita... Procuremos no agriar nuestros males con nuestra impaciencia, ni irritar á Dios con nuestras quejas... Digamos á nuestros enemigos como el Salvador: *Non haberes potestatem...*

23. Esto debe desarmar nuestra cólera... y si vemos en todo la mano ó la orden de Dios, no solo sufrirémos resignados, sino que perdonarémos como Jesús.

*Tercera parte: En el perdón que Jesús concede hallamos nuestra gracia y nuestra esperanza.*

24. Jesús no solo perdona á sus enemigos, sino que los disculpa: *Non enim sciunt*, etc., y los rescata con la misma sangre que derraman... Al ver esto ¿no perdonarémos de buen grado á los que nos hacen padecer? No saben lo que se hacen... Mayor mal se hacen á sí mismos que...

25. No dejemos pasar este dia sin perdonar, á ejemplo suyo, á nuestros enemigos... De otro modo no esperemos ninguna participación en el perdón que para nosotros ha pedido á su Padre.

26. Todos sin distincion fuimos comprendidos en su súplica... Nuestros pecados le afligen tanto como los de los judíos... y deplora nuestra ceguera mas bien que vitupera nuestra malicia...

27. Somos tan injustos y ciegos como los judíos... Ellos prefirieron Barrabás á Jesús, nosotros le preferimos... ¿Qué esperanza de salvacion nos quedaria, si Jesucristo no...

28. Mujeres de Jerusalem... *No lloreis por mí...* Si la justicia di-

vina no perdona al inocente, ¿qué deben esperar los pecadores si desprecian la misericordia que se les ofrece?

29. Ved ahí llegados los saludables dias en que Jesús quiere celebrar la Pascua con nosotros... De nada menos se trata que de comer con nuestra propia boca nuestra condenacion ó nuestra vida...

30. Se trata de tener parte ó en la santidad de la víctima, ó en los crímenes de aquellos que la inmolan... ¿Puede haber algo mas útil si se recibe bien, ni mas peligroso si se profana?...

31. ¿Habeis pensado en corregir vuestra vida?... *Probet seipsum homo...* Si os sujetais á la prueba, conoced vuestra debilidad, y desconfiad de vuestras fuerzas... Recibid santamente los divinos misterios...

## SERMON III

SOBRE LA PASION

### DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo. (Isai. LVII, 1).*

El justo muere, y nadie medita en su corazon esta muerte.

1. Toda la ciencia del Cristianismo está encerrada en la cruz; y el gran apóstol san Pablo, despues de haber aprendido en el tercer cielo los secretos de la sabiduría de Dios, ha venido á publicar al mundo: que él no sabia otra cosa mas que Jesucristo, y Jesucristo crucificado: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. (I Cor. II, 2).*

2. En efecto, es indudable que la sabiduría eterna jamás se ha manifestado mas claramente á aquellos á quienes la fe ha dado ojos para ver la luz divina, que en el misterio de la cruz. Jesucristo, tendiéndonos desde ella los brazos, nos abre el libro sangriento en el cual podemos aprender todo el orden de las determinaciones de Dios, toda la economía de la salvacion del hombre, la regla fija é invariable para formar todos nuestros juicios, la direccion segura é infalible para guiar con rectitud nuestras costumbres, el misterioso compendio, en fin, de toda la doctrina del Evangelio y de la teología cristiana. No sin razon se lamenta el profeta Isaías en mi texto de que esta muerte no encuentra nadie que la medite: «El «justo muere, nos dice, y nadie se ocupa en su corazon de esta «muerte.» En vano la santa Iglesia llama hoy á todos sus hijos á la cruz; todos reverencian su imágen; pocos meditan su misterio; cási ninguno se aplica su virtud: de manera que el mas santo de todos los espectáculos, y el mas capaz de conmover los corazones, no tiene fuerza para cambiar los nuestros.

3. ¡Oh! si pudiese conseguir con mis palabras que vuestra atencion se fijase hoy única y absolutamente en la cruz de Jesucristo! Si pudiese grabar en vuestros corazones el recuerdo de su Pasion,

y revelaros los secretos que para vuestra salvacion encierra! Mas ¡ay! hermanos míos, nadie es capaz de comprender el misterio de la cruz, si antes no le adora, y es condicion necesaria para penetrar sus grandezas, reverenciar sus humildades. ¡Oh cruz del Salvador Jesús, que nos haces ver hoy el mayor de los milagros en medio del mayor de los escándalos! ¡oh cruz, suplicio del justo y asilo de los criminales, obra de la injusticia y altar de la santidad, que nos quitas á Jesucristo y nos le das; que le haces á un tiempo nuestra víctima y nuestro monarca, y encierras en el misterio de una sola inscripcion la causa de su muerte y el título de su soberanía! recibe nuestras adoraciones, y haznos partícipes de tus gracias y respaldos. Yo te ofrezco ¡oh cruz de Jesús! toda aquella religiosa adoracion que la Iglesia nos enseña; y por el amor de aquel cuyo suplicio te honra, cuya sangre te consagra, cuyos oprobios te hacen digna de un culto eterno, te digo:

*O cruz, ave...*

4. Las santas lamentaciones que la Iglesia recita en estos días, los ayes que resuenan en medio de sus cánticos, la misteriosa tristeza de sus sagradas ceremonias, nos advierten que el tiempo de pensar seriamente en la muerte del justo ha llegado; y si negamos nuestra atencion á tan grande y admirable espectáculo, el Profeta alzará su voz contra nosotros, dirigiéndonos las palabras de mi texto: «El justo muere, y nadie medita tan importante suceso para el género humano.» *Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo.* El justo, cuya muerte quiere que contemplemos, es aquel á quien la Escritura ha llamado el justo por excelencia (*Isai. XLV, 8; Jerem. XXIII, 6; I. Joan. II, 1*): aquel que ha sido esperado desde el origen del mundo bajo ese título verdaderamente augusto; aquel que habiendo aparecido en el tiempo destinado, ha dicho en alta voz á todos los hombres: «Quién de vosotros podrá echarme en cara un solo pecado!» (*Joan. VIII, 46*); y, para decirlo en una palabra, aquel que siendo hombre y Dios juntamente, es santo con una santidad infinita, y llamado por esta razon el «Santo de todos los santos.» (*Dan. IX, 24*). Una cábala impía se ha coligado maliciosamente contra él: sin embargo, ha hallado el medio de romper á un pérfido discípulo, de animar á un pueblo infiel, de intimidar á un juez débil y desgraciadamente político, y de hacer concurrir á todos los poderes del mundo al suplicio del inocente y

del santo, á quien clavan en un leño infame en medio de dos malvados: *Et cum iniquis reputatus est.* (*Isai. LIII, 12*).

5. Pero mientras los judíos ingratos tratan á su Salvador de esta suerte, él, que reconoce el orden de su Padre en su odio ciego y envenenado, y que sabe que aquella es su hora y aquel el influjo del poder de las tinieblas, ni se vale de su poder infinito, ni de su sabiduría para confundirlos; baja la cabeza, y léjos de llamar en su socorro legiones de Ángeles, nada alega para justificarse. Mil veces hemos oido alzar funestas imprecaciones contra sus perseguidores, á los inocentes afligidos; este, el mas justo de todos sin comparacion, y aquel á quien se ha tratado mas indignamente, ni se queja, ni invoca contra los judíos que le persiguen al cielo que conoce su inocencia: por el contrario, solo abre la boca para pedir por ellos: no contento con perdonarles en el mismo momento en que le hacen morir inhumanamente, todavía ofrece por ellos aquella sangre que derraman sus manos sacrílegas: ¡tan inagotable es su bondad!

6. De esta manera, mientras los malvados se atreven á todo y no hay cosa que no emprendan contra el justo, él no solo lo sufre todo por obediencia, sino que lo perdona todo por misericordia. ¡Oh santo y admirable espectáculo! ¿Qué han visto jamás cielo y tierra que merezca ser contemplado tanto como semejante persecucion, tan injustamente comenzada, tan humildemente sufrida, tan misericordiosamente perdonada? Abramos, pues, los ojos, cristianos, para obedecer al Profeta que nos manda meditar la muerte del justo; consideremos atentamente la malicia con que se le persigue, la obediencia con que él se somete á tan dura persecucion, la bondad con que perdona. Pero, puesto que todo se cumple para nuestra salvacion, puesto que tanta parte tenemos nosotros en la muerte de ese inocente, avancemos mas todavía, y hallaremos en sus persecuciones nuestro crimen, en su obediencia nuestro ejemplo, en el perdon que nos concede nuestra gracia y nuestra esperanza.

*Primera parte: Las persecuciones del Salvador son obra nuestra.*

7. Fácilmente, cristianos, encontraremos nuestro crimen en las injustas persecuciones del Salvador de las almas. Porque como la fe nos enseña que él ha dado su vida por nuestros pecados (*Rom. IV, 25*), sin gran dificultad comprenderemos, dice el devoto

san Bernardo, que nosotros somos los autores de su suplicio, mas que Judas que le vendió, mas que los judíos que le acusan, mas que Pilatos que le condena, mas que los soldados que le crucifican. Mas no pretendo considerar de esta manera nuestro crimen en la Pasion del Salvador; quiero haceros ver las diversas disposiciones de aquellos que han contribuido al suplicio del inocente, y en estas disposiciones, las inclinaciones y costumbres de los hombres, con el objeto de que cada uno pueda reconocer la malignidad que encierra en su corazon. Para esto es necesario que me remonte al origen de todo, y observe, cristianos, que esta ha sido una determinación de Dios: que Jesucristo, que debia morir por el pecado, murió, en efecto, por él; quiero decir, siendo la víctima propiciatoria de todos los crímenes del mundo (I Joan. II, 2), todos los crímenes tienen parte en su muerte y su suplicio. Así vemos concurrir á él á la envidia, á la crueldad, al sarcasmo, á las blasfemias, á los artificios, á los falsos testimonios, á la injusticia y á la perfidia; en una palabra, él ha probado todo lo mas furioso, injusto y maligno que encierra el corazon del hombre.

8. Si me preguntais cuál ha sido la causa de esta determinación, y por qué tantos crímenes juntos han contribuido al suplicio del Salvador de las almas; os responderé, cristianos, que el Hijo de Dios ha querido presentarse á nosotros, no solamente como aquel que debe expiar los pecados y la malicia del mundo, sino como aquel que debe hacerlos detestar. Existe en la criatura un fondo de malignidad infinita, que hace decir al apóstol san Juan, no ya que el mundo es maligno, sino que todo él no es mas que malignidad: *Mundus totus in maligno positus est.* (Ibid. v, 19). Esta malignidad se ha coligado, como digo, contra Jesucristo por dos razones: él ha venido á combatir la malignidad del mundo; necesario era que la hiciese declararse manifiestamente, á fin de que estallase la eterna oposicion entre él y el mundo: ved ahí por que ha marchado contra él, por decirlo así, en órden de batalla y desplegado para perderle toda su maldad.

9. Además, él ha venido á expiar los pecados, á facilitarnos los medios de conocerlos, á hacernos ver las causas por que debemos aborrecerlos. Pero nada puede hacernos aborrecer tanto la malignidad del mundo, como el verle derramar contra el Salvador todo su veneno. Hé aquí por que ha sido preciso que todo lo mas oculto, todo lo mas profundo de la malicia de los hombres se manifestase en esta ocasion abiertamente, con el objeto de que nos pareciese

tanto mas digno de execracion, quanto mas mezclada la viésemos en el mas negro atentado que el universo ha visto jamás. Así que, la manera mas útil de considerar la persecucion y el suplicio del Salvador de las almas, es pesar y ver atentamente de cuánto ha sido capaz el corazon del hombre; á fin de que cuantas veces advirtamos en nosotros alguna semejanza con aquellos que han afligido y perseguido á Jesucristo, veamos de cuántas maneras renovamos el crimen de los judíos y la pasion del Salvador de las almas. Venid, hermanos míos, venid á aprender en la historia de sus dolores lo que debe esperarse del mundo: venid, en fin, á ver lo que hay que esperar y sufrir de la amistad, del odio, de la indiferencia de los hombres, de su proteccion, de su abandono, de sus virtudes y vicios, de su probidad é injusticia. Todo es mudable, todo infiel, todo al fin se trueca en afliccion; y Jesucristo os ofrece hoy un ilustre ejemplo de esta verdad.

10. Sí, todo se trueca en afliccion y en cruz; primeramente, los amigos: ó se separan de nosotros por interés, ó nos pierden con sus engaños, ó nos dejan por debilidad, ó nos socorren fuera de tiempo, segun su humor no conforme á nuestras necesidades; y siempre nos molestan y afligen.

11. El pérfido Judas nos hace ver la malignidad del interés, que rompe las amistades mas santas. Jesús le habia llamado para completar el número de sus Apóstoles; Jesús le habia honrado con su particular confianza, y le habia hecho distribuidor de toda su economía: no obstante, ¡oh malicia del corazon humano! no es un enemigo, ni un extranjero, es Judas, ese discípulo querido, ese íntimo amigo, quien le hace traicion, quien le entrega, quien le roba primero, y despues le vende por una pequeña suma: ¡tan débiles son la amistad y la confianza contra el interés! No digais elegiré bien: ¿quién ha de saber elegir mejor que Jesús? no digais me llevaré bien con mis amigos: ¿quién ha tratado á los suyos nunca con mas benignidad que Jesús, que es la bondad y la dulzura mismas? Detestemos, pues, la avaricia, que ha hecho primeramente un ladron, y en seguida un traidor de un apóstol, y no tengamos seguridad jamás donde quiera que percibamos la menor sombra de interés.

12. Siempre es el interés la causa de las lisonjas y el objeto de los lisonjeros, y hé aquí por qué Judas, á quien el demonio del interés poseia, se entrega al de la lisonja. Saluda á Jesús, y le vende; le llama su Maestro, y le vende; le besa, y le pone en poder

de sus enemigos: es la imágen perfecta de un adulator que á todas horas aplaude al que llama su maestro y protector, para traficar con él, como dice el apóstol san Pedro. «Tales son aquellos (hé aquí, hermanos, sus expresiones) que impelidos por la avaricia, trafican con nosotros con fingidas palabras:» *In avaritia fictis verbis de vobis negociabuntur.* (II Petr. II, 3). Todas sus alabanzas son otras tantas redes que nos tienden, toda su amabilidad es engaño. Hacen tratados secretos, en los cuales no comprenden sin que nosotros lo sepamos: coliganse con Judas: «¿qué me daréis (si os le entrego?» (*Math. XXVI*). Así frecuentemente nos venden, y no pocas veces nos entregan. Desconfiemos, pues, de las alabanzas y de la amabilidad de los hombres. Mirad bien á aquel lisonjero que os está continuamente incensando: ¿sabeis que no hace mas que ocultar su intencion, y que con esa inmensa profusion de alabanzas con que al parecer os ensalza, compra la libertad de vituperar vuestra conducta y aun venderos sin excitar sospecha alguna? ¿quién no te aborrecerá, ¡oh lisonja! corruptora de la vida humana, con tus pérfidos abrazos y emponzoñados besos, puesto que tú eres quien entrega al divino Salvador en manos de sus enemigos implacables?

13. Ya habeis visto, hermanos, lo que son los amigos corrompidos; veamos ahora lo que debemos esperar de aquellos que aparentan ser los mas seguros: debilidad, ingratitud, abandono; hé aquí lo que experimentó el divino Jesús. Apenas han oido que su Maestro ha sido aprehendido, todos sus discípulos le dejan huyendo vergonzosamente. (*Marc. XIV, 50*). Ó corte, á quien predico este Evangelio, ¿no reconoces, dí, tu retrato en esta historia? ¿no reconoces en lo que acabo de decir tus favores engañosos, tus amistades inconstantes? así que se ofrece la menor dificultad, todos huyen, todos se alarman, todos se espantan; conservando á lo mas cierto exterior que recuerde lo pasado, á fin de mantener la apariencia de una amistad engañosa, y algo de la dignidad que exige tan santo nombre. Pero vamos todavía mas léjos, y veamos la debilidad de esa amistad que parece ser la mas pronta en favorecernos. El flaco de los amigos del mundo es querernos ayudar segun su capricho ó su carácter, y no conforme nuestras necesidades lo reclaman. Pedro trata de defender á su Maestro, y saca la espada, y pretende salvar derramando sangre al que solo quiere por defensora á su propia inocencia. ¡Oh Pedro! ¿deseas consolar á tu divino Maestro? Con dulzura, con sumision, con fidelidad y perseve-

rancia puedes conseguirlo; ¡oh Pedro! tú no lo haces, sin embargo, porque semejante socorro no está conforme con tu carácter: por el contrario, te abandonas al transporte ciego de un celo inconsiderado; hieres á los ministros de la justicia y aumentas la odiosidad que gravita ya sobre tu Maestro inocente, á quien tratan de sedicioso. Hé ahí lo que hace la amistad del mundo: quiere contentarse á sí misma y socorrernos segun su humor; al propio tiempo que nos rehusa el socorro que exigen nuestras necesidades.

14. Pero ved aquí, si no me engaño, el último golpe que podemos recibir de una amistad vacilante, de un gran celo mal sostenido, de una constancia que decae al fin profundamente, hiriéndonos con mas crueldad que si nos hubiese faltado desde el principio; el mismo Pedro es un ejemplo vivo de ello. ¡Cuán firme no es! ¡Cuán intrépido! Vedle; quiere morir por su Maestro; no puede abandonarle: al principio le sigue; pero, ¡oh fidelidad apenas comenzada, que solo sirve para traspasar el corazon de Jesús con una apostasía mas cruel, con una perfidia mas criminal! ¡ah! ¡Cuán engañosa no es en sus apariencias la amistad de la criatura, cuán corrompida en medio de sus lisonjas, cuán amarga en sus mudanzas, cuán terrible en sus socorros intempestivos, y en su variable constancia que luego hace mas insoportable la infidelidad! Jesús ha sufrido todas estas miserias para hacernos aborrecer tantos crímenes como nos obliga á cometer la amistad de los hombres, por nuestra ciega complacencia; aborrezcámosla, cristianos, y no tengamos amistad ni confianza cuyo objeto no sea Dios, cuyo principio no sea la caridad.

15. ¿Qué no le hará sufrir ahora el furor de sus enemigos? mil tormentos, mil aflicciones, mil calumnias. Pero antes de que pasemos á hablar de todas estas indignidades, examinemos la primera causa de ellas, que era una negra envidia. Esta es precisamente la mas baja, la mas odiosa, la mas desacreditada de todas las pasiones; pero quizás la mas comun, y de la que pocas almas están enteramente libres. Aprendamos, pues, á detestarla y á desarraigarla de nuestro corazon, puesto que ella es la que ha inventado y ejecutado todo lo que contra el justo han emprendido los judíos. Los hombres se precian de delicados; y la adulacion de nuestro amor propio nos hace tan grandes á nuestros ojos, que tomamos por un atentado la menor apariencia de contradiccion, y á poco que se nos hiera nos irritamos.

16. Pero lo mas desarreglado que hay en nosotros, es que so-

mos tan delicados que se nos hiere y lastima, sin habernos tocado siquiera. Aquel hace su fortuna inocentemente, y el buen éxito de su empresa nos convierte en enemigos suyos: su virtud nos hace sombra, su reputacion nos ofusca. Los escribas y fariseos no podian sufrir á Jesucristo, ni la pureza de sus doctrinas, ni la inocente sencillez de su vida y de su conducta, que confundia á su hipocresía, á su orgullo y avaricia. «¡Oh envidia! dice excelentemente san Gregorio Nazianceno (*Orat. XXVII, num. 8, t. I, p. 466, 467*): tú eres la mas justa y la mas injusta á la vez de todas las pasiones: injusta, porque afliges á los inocentes; pero justa al mismo tiempo, porque castigas á los culpables: injusta, porque persigues á todo el género humano; pero soberanamente justa, porque tu malignidad se ceba en el mismo corazon en que ha sido concebida.» Los pontífices de los judíos y los fariseos, atormentados dia y noche por esta baja pasion, se dejan conducir por ella á los mayores excesos en contra del Salvador, y reunen para anonadarle todo lo que la irrision tiene de mas ultrajante y la crueldad de mas sanguinario. Cosa nunca oida es, que la risa y la crueldad se unan en toda su fuerza para que el horror de la sangre vertida llene el alma de imágenes fúnebres que disminuyan la maliciosa alegría de la mofa y el sarcasmo. No obstante, contemplo á mi Salvador entregado á sus enemigos para ser el solo objeto de sus burlas, como un insensato; de su furor, como un malvado: de tal suerte, hermanos míos, que en todo el curso de su Pasion vemos reinar á la risa entre los dolores, y á la acritud del sarcasmo en medio del último transporte de la crueldad.

*Segunda parte: En la obediencia del Salvador hallamos nuestro ejemplo.*

17. San Agustin ha notado tres principios de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, dice aquel santo Obispo. (*In epist. S. Joan. tract. VII, num. 7, t. III, part. II, col. 874, 875*). Ha sido condenado al último suplicio por tres especies de personas; por su Padre, por sus enemigos, y por sí mismo, lo cual hace decir al Apóstol que Dios no ha perdonado ni á su propio Hijo, antes bien «le ha entregado en prenda de nuestro rescate:» *Pro nobis omnibus tradidit eum* (Rom. VIII, 32): por sus enemigos; Judas le entregó á los judíos: *Ego vobis eum tradam* (Matth. XXVI, 15); los judíos le entregaron á Pilatos: *Tradiderunt Pontio Pilato præsidi*. (Ibid. XXVII,

v. 2). Pilatos le entregó á los soldados para que le crucificasen: *Tradidit eum militibus ad crucifigendum*. (Ibid. 26). No solo, cristianos, ha sido entregado por su Padre y por sus enemigos, sino que él mismo se ha puesto en manos de estos, lo cual conmueve profundamente á san Pablo, cuando escribe á los gálatas: «Vivo en la fe «da por mí:» *Et tradidit semetipsum pro me*. (Galat. XX). Ved aquí, pues, al Hijo de Dios entregado á la muerte por diferentes personas y por motivos muy diferentes: su Padre le ha entregado por un sentimiento de justicia; Judas por el interés; los judíos por envidia; Pilatos por debilidad; y él mismo, en fin, se ha entregado por obediencia.

18. Pero para que comprendais hasta dónde llega esta obediencia, preciso es que recordéis, que habiéndose sometido á la voluntad de su Padre, y á las voluntades, aunque perversas, de sus mas crueles enemigos; y habiéndose encargado voluntariamente de responder de las iniquidades del mundo, la justicia de su Padre ha querido vengarlas en su persona: y así que hubo llegado la hora de descargar sobre los hombros de aquel inocente todas las penas de los culpables, por los cuales habia respondido, el Padre eterno hizo dos cosas maravillosas; da libertad de obrar contra su Hijo á todo el poder del infierno, y al propio tiempo parece que le retira toda la proteccion del cielo. Hasta aquel dia, cristianos, sus enemigos habian tratado en vano, ora de apedrearle, ora de prenderle: siempre podian intentarlo; pero no ejecutar nada contra su persona hasta que la señal fuese en el cielo. Pero habiendo Dios soltado la mano de sus enemigos, que hasta entonces habia tenido sujeta, en un momento se vieron todas las pasiones excitadas, conmovidas todas las potestades, desencadenadas todas las furias contra Jesucristo. Pero ¡cuán vanos serian estos esfuerzos, cuán impotente esa rabia, si el Hijo de Dios quisiera resistir á ella! no obstante, no lo hace, cristianos, ve llegada su hora, y adora el mandamiento de su Padre, y resuelto á obedecer, deja á la malicia de los judíos un poder sin límites contra su persona: si bien, al paso que sus enemigos se encuentran en disposicion de atreverse á todo, él se reduce voluntariamente á la necesidad de sufrirlo tambien todo. De esta suerte, cristianos, sus enemigos, por decirlo así, se convierten en impotentes contra el Todopoderoso, que sin hacer fuerza ni resistencia se expone á los ultrajes de todos.

19. Hé aquí lo que el apóstol san Pedro nos explica excelente-

mente en su primer epístola canónica (I Petr. II, 23), en la cual, poniéndonos á la vista á Jesucristo sufriendo las duras pruebas á que voluntariamente se sujetaba, nota que «no volvía oprobios por «obprobios, ni maldiciones por maldiciones, ni amenazas por amenazas.» ¿Qué hacia, pues, cristianos, en todo el curso de su Pasion? El apóstol san Pedro nos lo explicará con una sola palabra: *Tradebat autem iudicanti se injuste*: «Se entregaba y abandonaba al «que le juzgaba injustamente.» Y lo que se dice con respecto á su juez, debe entenderse de la misma suerte con respecto á todos aquellos que le ofenden é insultan: se entrega á ellos absolutamente para que cumplan en él su voluntad. Por esto no niega su divina boca á los pérfidos besos de Judas; presenta voluntariamente sus inocentes espaldas á los golpes de sus enemigos; presenta sus manos que han obrado tantos milagros, ahora para que las aten, y mas tarde para que las claven en la cruz; presenta su rostro, tan majestuoso, á cuantas indignidades quiere hacer con él una multitud furiosa. Consta que ni siquiera volvió la faz una vez sola: *Faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me.* (Isai. L, 6). Víctima entregada humildemente á toda especie de excesos, no hace mas que esperar el golpe sin querer siquiera eludir su fuerza con el menor movimiento de cabeza. Venid, pues, ó judíos y romanos, magistrados y particulares, pueblo y soldados, volved cien veces á la carga; multiplicad vuestros ultrajes, haced herida sobre herida, causad dolor sobre dolor, añadid indignidades á indignidades: mi Salvador no se opone á nada; respeta en vuestro furor las órdenes de su Padre; de esta manera su inocencia está abandonada al desbordamiento desenfrenado de vuestra licencia, y á la omnipotencia, si me es permitido hablar así, de vuestra malicia.

20. Si alguna vez, hermanos míos, llegais á caer en manos de vuestros enemigos, á ser desacreditados por sus maledicencias, envueltos en sus artificios, abatidos por su poder y su crédito, acordaos del justo á quien veis sucumbir hoy bajo el peso de la obstinada malicia de sus envidiosos. Esta es, lo confieso, la mas ruda prueba de la paciencia: fácilmente sufrimos otros males, en los cuales no se mezcla la malicia de los hombres; pero cuando la malignidad de nuestros enemigos es causa de nuestras desgracias, nos cuesta trabajo encontrar algun resto de paciencia en nosotros. La razon es, cristianos, que en las enfermedades, por ejemplo, cierto curso natural de las cosas nos descubre mas claramente el orden de Dios, al que nuestra voluntad, aunque indócil, conoce sin em-

bargo que debe ceder. Pero esta orden que contemplamos en las necesidades naturales, se nos oculta, por el contrario, cuando la malicia de los hombres nos persigue, cuando nos vemos rodeados por todas partes de fraudes, de injusticias, de engaños; cuando vemos que «nuestros enemigos nos han asediado y rodeado con palabras de odio,» tal como habla el divino Salmista: *Sermonibus odii circumdederunt me, et expugnaverunt me gratis* (Psalm. CVIII, 2); que las salidas para escaparnos, las avenidas para socorrernos, están cerradas por una muralla de iniquidad, y que á cualquier lado que nos volvamos, su malicia se ha adelantado ya y nos ha cerrado todas las puertas; entonces, digo, es difícil reconocer la orden de un Dios justo entre tantas injusticias como nos acosan; y como nada vemos mas que la malicia de los hombres, que nos engañan y oprimen, nuestro corazón cree tener derecho á rebelarse; y hé aquí lo que nos impele á los mayores excesos. ¡Oh Jesús crucificado por los impíos! ¡Oh justo perseguido de la manera mas ultrajante del mundo! ven á nuestro socorro, y haznos ver la orden de Dios en los males que nos hace sufrir la malicia de los hombres. En efecto, ¿ha sucedido jamás en el mundo algo por determinacion mas manifiesta de la providencia de Dios, que la Pasion de su Hijo? Y ¿qué suceso se ha visto jamás en que la malicia, la perfidia, en que todos los crímenes hayan tenido mayor parte? Tal es, si lo comprendemos, la causa de aquella gran lucha de Jesucristo con la justicia de su Padre. «Ó Padre, le dijo con ardor en el monte Olivete, «apartad de mí este cáliz.» Á la verdad, cristianos, siendo hombre como nosotros, y de la misma complexion, tenia un horror natural á la muerte y á los tormentos: pero no temo engañarme al aseguraros que hay alguna cosa mas rigurosa por medio, que le hace dirigir á su Padre esta súplica. Y esta causa es que no solo veia en el cáliz de su pasion dolores extremos, sino tambien injusticias nunca oidas: ved ahí lo que le aflige profundamente, lo que causa mas horror á su santa alma: nada le aflige tanto, cuando ve sus llagas, como el pensar que en cada una recibe un nuevo sacrilegio. ¡Oh Padre mio! no es de esta manera como yo quisiera cargar con los pecados del pueblo: ¡oh! yo no rehuso los dolores; mas ¡ay! Padre mio, si fuese posible que sufriese sin tantos crímenes de parte de mis enemigos, mis penas serian soportables: ¿es necesario que con tantos tormentos bebá, por decirlo así, el cáliz de tantas iniquidades, y que me vea hecho el único objeto de tan horribles blasfemias, de tan furiosas violencias? *Pater, si possibile est, transfer*